

## Y ahora... desarrollo económico

*a I. V.*

La más reciente literatura económica, sociológica y de cualquiera de las disciplinas afines a éstas trata con marcada preponderancia problemas de los "países subdesarrollados" y temas vinculados a "procesos de desarrollo económico". A América Latina toda, y a Argentina en especial, el problema le toca muy de cerca; las posibilidades de que nuestro país realice a la brevedad su demorado y ya impostergable proceso de desarrollo económico y el análisis de los elementos con que cuenta para hacerlo son temas que han alcanzado en los últimos años un alto grado de virulencia.

Nociones como "países periféricos", "estrangulamientos" y, sobre todo, "desarrollo económico" se usan todos los días, son expresiones poco menos que sobreentendidas. Todo el mundo se refiere a ellas y todo el mundo parece comprender de inmediato su sentido. Sin embargo esos conceptos se han cargado de significación hace relativamente poco tiempo, ya que los textos, los planes y toda la economía como disciplina hasta no más de quince años atrás se mantenía en los moldes clásicos. Para nosotros el problema comenzó a tener vigencia con la aparición de material bibliográfico ofrecido por organismos internacionales.

¿Qué se entiende en la Argentina de 1959 por "desarrollo económico"? La expresión ha cobrado múltiples acepciones y es usada con la ambigüedad requerida por la posición político-económica de quien la enuncia y en muchos casos sirve para crear zonas de vacío en el seno de la opinión, verdaderas ciudadelas de silencio donde las palabras no dicen nada. Pero en general mientras unos entienden referirse con ella a las estructuras reales del país y a la necesidad de romper los lazos de dependencia que las aprisionan, otros piensan en automóviles y materiales plásticos para todos, bueno, para todos los que se "mantengan en el lugar que les corresponde". Conocemos a estos últimos: son quienes redescubren hoy entre nosotros el lugar común del realismo político que les hace creer que el fin justifica los medios —y que por supuesto se ocultan cuidadosamente que de haber una verdad en ese realismo, al mismo

tiempo los medios anticipan y ponen al descubierto la significación de los fines—, en fin, son nuestros neoteóricos de la libreempresa como panacea universal, la carne del servilismo de los cuerpos representativos, los legalistas de las huelgas ilegales, los sordos a la proscripción de los partidos políticos.

Se ha hecho del desarrollo económico el objeto mítico de una ciencia difusa e inaprensible, pero, si bien es cierto que como toda disciplina técnica es manejada con mayor precisión por los especialistas, la diferencia estriba en que mientras no se sufren cotidianamente las consecuencias de las distintas teorías sobre genética o filología, en economía las repercusiones de las teorías son casi inmediatas, y que la fría significación de las cifras pesa sobre aquellos que no *piensan* la economía, sino que la *viven*.

Partimos de que somos un país en proceso de desarrollo y que, por múltiples razones que van desde el nivel de vida de nuestro pueblo hasta el lugar que queremos ocupar y creemos merecer en el concierto mundial, debemos acelerar al máximo el ritmo de este crecimiento. Hay diversos sistemas para lograrlo o para acercarnos al ideal, a ese país de utopía que en teoría parece ser un país desarrollado; estos sistemas incluyen, de uno a otro extremo, el más ortodoxo sistema socialista y el absoluto sistema libreempresista, en medio de tales extremos pueden ubicarse todos los matices.

Como muy rara vez las soluciones económicas se pueden dar separadas de las políticas, y mucho menos en América Latina, se nos ofrecieron desde el plano político diversas opciones para contribuir a realizar este proceso. Optamos por una de esas salidas, que para nosotros llevaba implícita distintas medidas tendientes a corregir lo que Keynes —el economista contemporáneo más importante del capitalismo, sin lugar a dudas— denominaba “principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos o sea la arbitraria y desigual distribución de la riqueza y de los ingresos”.

Y bien, hecha la elección se nos vende ahora otra cosa. Los que dicen “desarrollo” a cualquier precio como los liberales del 90 decían “progreso” nos palmean con condescendencia y nos explican que nuestro error no estaba al nivel del análisis de las coyunturas económicas, sino al de la elección de los medios, nos recuerdan que estamos en una zona fría y que es preciso cambiar de ropa antes de morir por falta de calor, nos reconviene por no haber tomado mejor la temperatura de nuestro país y nos empujan hacia una nueva suerte de “revisiónismo histórico”. Desde ya habría que tirar hoy por la borda lo que ayer se tenía en la cabeza, pero, ¿y mañana? “Si las jóvenes generaciones argentinas no quieren caer en incomprensiones, errores y desviaciones, de-

ben estudiar nuestra historia, particularmente la contemporánea. Ello es indispensable pues lo que sucede en una época es el resultado de fuerzas que nacen en el pasado y a su vez lo que ocurre en un momento prepara los elementos de las épocas posteriores" <sup>1</sup>.

Todo comenzó en el noventa bajo el símbolo del progreso, y en adelante nuestras crisis fueron el reflejo de las crisis cíclicas de los países centrales; la historia se repite, el cambio en las características generales obedece a la hora en que vivimos. Ya no interesan hoy las inversiones en servicios públicos —si hasta se puede expropiar el canal de Suez—, las diferencias se originan en el cambio de dependencia que no es más que el resultado lógico del pase de testimonio en la posta de la hegemonía mundial.

No nos creemos poseedores de la verdad revelada, y es posible que seamos muy sinceros pero algo torpes, estamos dispuestos a dialogar, no pretendemos revoluciones sociales por decreto; pero no es muy aventurado prever que aunque logremos el autoabastecimiento de petróleo, aun cuando vengan capitales, el país ha de quedar, de nuevo, totalmente desfigurado. Porque los hechos económicos, como el tiempo, son indivisibles e irreversibles: "A su vez, la economía integra el vasto proceso de la vida humana, ya se la considere en cuanto vida de la persona, vida de una nación, vida de toda la humanidad. Es decir que, aunque el hecho económico se lo aísle para estudiarlo mejor, debe tenerse en cuenta que él forma parte, como lo espiritual, lo político y lo social de la historia de la cultura" <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> A. FRONDISI, *Petróleo y Política*, 2da. ed. Buenos Aires, Raigal (seis primeras líneas de la página 1).

<sup>2</sup> *Op. cit.*, pág. 2.